



## PREGÓN DE SEMANA SANTA 2009

### D. Javier Tafur Asensio

*Pregón de la Semana Santa de Córdoba 2.009 pronunciado el pasado día 28 de marzo de 2009 en el Gran Teatro de Córdoba por D. Javier Tafur Asensio, Hermano de las Cofradías del Santo Sepulcro y La Merced. El pregonero fue presentado por Francisco José Mellado Lucena*

### Presentación

"

Ilmo. Sr. Vicario General de la Diócesis.

Excma. Sra. Alcaldesa.

Dignísimas autoridades.

Ilmo. Sr. Delegado Diocesano de Hermandades y Cofradías.

Sr. Presidente y miembros de la Junta de Gobierno de la Agrupación de Hermandades y Cofradías.

Hermanas y Hermanos Mayores de las cofradías cordobesas.

Señoras y Señores

Cofrades de Córdoba

Preside este acto la Santa Cruz, la Cruz Guiona según figuraba en los bandos que anunciaban la procesión del Santo Entierro. Del Campo de la Verdad subía en parihuela hasta el centro de la ciudad donde se formaba el cortejo protocolario. Después desde la parroquia del Salvador y Santo Domingo de Silos bajaba por Santa Victoria, Santa Ana, Pedregosa camino de la Catedral; y regresaba por Pescadería, Feria, Librería, Arco Real y Letrados. Tras la Santa Cruz, caminaban los antiguos gremios –curtidores y toneleros, sastres y zapateros– y los cofrades alumbrando con cirios, las cruces parroquiales con manguillas negras, el clero y las autoridades.

Venían los pasos del Señor del Huerto, Jesús Nazareno en sus andas de plata o el Señor del Calvario, Jesús Caído, el Cristo de Gracia, las Angustias, el Santo Sepulcro y la Virgen de los Dolores; pasos que revivían por nuestras calles el vía crucis que San Álvaro erigió en la sierra.

Mucho antes otras cruces guionas abrieron los cortejos penitenciales de luces y disciplinantes. El paso de la Santa Cruz guiaba el peregrinar de las antiguas cofradías de la Vera Cruz, del Santo Crucifijo, de la Humildad, de las Llagas. Venía el Santo Árbol en andas que portaban sus cofrades al ritmo seco de los guizques, difuminada por el incienso de los pebeteros, mientras de lejos se escuchaba el canto del Miserere o el Stabat Mater. Semana Santa antigua, lejana

y recordada en la que fue Cruz Guiona de la cofradía de la Sangre del convento de los mínimos de la Victoria y que hoy se conserva en la cercana iglesia de San Nicolás de la Villa. Su salida en los años cuarenta del pasado siglo quedó recogida, casi como un grabado de otros tiempos, en la fotografía de Ricardo cuando iniciaba la procesión de la Sentencia sobre una sencilla parihuela llevada por los faeneros, con túnica y capillo, de la cuadrilla de Antonio Sáez El Tarta.

También ahora, la cruz de guía abre el cortejo de cada cofradía y despierta expectación. La cruz es anuncio y símbolo de los cristianos, brazos amorosos que se extienden para acoger a la humanidad.

Igual que antes, siguiéndola, caminan los cofrades de hoy, hombres y mujeres, que acogen las palabras de Jesús: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Mt. 16,24).

En esta larga vigilia, mientras anhelamos la salida de la primera cruz de guía y deseamos ir a su encuentro por El Realejo, por Santa María de Gracia, camino de San Lorenzo, percibimos los primeros indicios de la llegada de la Semana Santa desde las tardes que se alargan a finales de enero, en el fuego de la Candelaria, en las delicadas flores de los cerezos, en los lirios blancos y morados de los jardines y de los patios, en la ceniza cierta que abre la cuaresma y nos llama a la conversión, al Evangelio. Y poco a poco, se suceden los cultos, con sus convocatorias por templos y escaparates, y con ellos el cartel y los libros con los itinerarios. Y en este acontecer llega el pregón de Semana Santa, que desde el año 1945 viene a ser en la imaginación de los cofrades, como una especie de antiguo cabildo del Domingo de Ramos en el que se distribuían los flagelos y las hachas de cera, las insignias y la conducción de los pasos.

De esta forma, como si hubiésemos sido convocados por un muñidor figurado nos reunimos aquí, esperando la voz y la palabra del pregonero ante la Santa Cruz.

Con la señal de la Santa Cruz comenzó, como con todos los cristianos, la celebración del bautismo de nuestro pregonero de hoy, Javier, marcando así la impronta de Cristo sobre el que ya le iba a pertenecer y la gracia de la redención que nos ha adquirido por su Cruz. Bautismo que "significa eficazmente la bajada del cristiano al sepulcro muriendo al pecado con Cristo para una nueva vida" (CIC 628).

Fue una mañana de marzo en la parroquia de San Francisco, de Linares, la ciudad de sus mayores, donde sus padres, que ya residían en Córdoba, quisieron que su primogénito naciera. Apenas unas semanas después la familia regresó a Córdoba. En esta tierra, Javier aprendió de su madre a rezar, a santiguarse. Oraciones en el hogar, en la iglesia; oraciones y la señal de la cruz durante su infancia y adolescencia en los comienzos de cada jornada escolar en el colegio Ahlzahir.

Llegó la juventud y los años en la Facultad de Filosofía y Letras cursando los estudios de Geografía e Historia. Del recuerdo de aquel tiempo de Latín, de Historia, de Arte y de Literatura nace, posiblemente, en Javier Tafur Asensio su admiración actual por la joven cofradía universitaria. También de aquel tiempo quedó grabado en su corazón la lectura de Kempis: "En la cruz está la salud,

en la cruz la vida, en la cruz está la defensa de los enemigos, ...”

Siguiendo la cruz, en compañía de sus amigos, cuando Javier estaba enfrascado en la actividad política, llegó a la cofradía que tiene por emblema las cinco cruces, que representan las cinco llagas del Señor y que simbolizan la universalidad de la redención. Fue en 1985, cuando se estrenó este estandarte de terciopelo con cruces de giraspe. Aquel año además Javier debutaba de costalero. Pero fue un debut fugaz, porque apenas el paso del Cristo Yacente embocó el cancel de la iglesia comenzó a chispear, y con los nazarenos en la calle la cruz de guía giró para regresar. Quedaba truncada la ilusión de volver a recuperar la estación de penitencia a la Santa Iglesia Catedral.

Hubo que esperar un año, y al fin entraba la cofradía en nuestro primer templo para adorar en la capilla de Villaviciosa el Lignum Crucis entronizado a los pies de esta misma Cruz Guiona. Momento inolvidable en la historia de nuestra Semana Mayor, recogido en la fotografía de Rafael Cava que serviría de cartel anunciador de la Semana Santa de 1987. Retorno a la tradición esencial, al sentido verdadero de la estación de penitencia. Un ejemplo que afortunadamente abría un camino al que se fueron sumando en los años sucesivos otras corporaciones penitenciales Tercera trabajadera en aquella cuadrilla de veinticinco costaleros que ensayaba, desde noviembre, por la noche de los viernes, con parada fija en El Pisto. Fue aquella cuadrilla que Rafael Muñoz Serrano, El Niño Muñoz, creyó por un momento que era de ángeles y la mandó sacando el pañuelo blanco que lucía en la chaqueta, guiándola en una sucesión de naturales en cada esquina y terminando con un remate de pecho a la entrada de la iglesia, como si de repente en la memoria del capataz apareciera la figura del rey David danzando ante el Arca de Alianza. Casi veinte años después, Javier, vestido de nazareno con las cinco cruces de gules en el pecho y el anagrama de la Virgen María en el corazón, mirando siempre al frente, sin volver la vista atrás, con la vara rematada por otras cinco cruces en aureola de rayos flamígeros y biselados, tuvo el privilegio de escuchar el rachear acompasado de la cuadrilla de Curro, cuando el paso de la Urna al mando de Gonzalo Santiago, El Pingüino, dio aquella chicotá, recordada de puro arte, de Claudio Marcelo a Jesús María, en silencio, sin mandar ni capataz, ni contraguías, ni costaleros, sólo con el crujido tierno de la madera entre los lirios y las tulipas, como si fuera un vuelo de ángeles.

Nuestro pregonero, se define a sí mismo, quizá con excesiva humildad como “un cofrade de a pie”. Sin embargo, puedo afirmar que, aunque prefiera siempre estar en un segundo plano, es todo un iniciado que busca siempre el significado, el sentido profundo de todo lo que conlleva ser cofrade. Así lo ha demostrado en los años que formó parte la junta de oficiales de la Hermandad del Santo Sepulcro. Asiduo a los actos de formación, a los cultos, especialmente orgulloso cuando en la fiesta de regla del ocho de diciembre proclama públicamente su defensa del dogma de la Inmaculada Concepción. Hermano siempre puntual a la primera hora del primer día del reparto de papeletas de sitio; siempre pidiendo un cirio tiniebla, y sin embargo, para él, después de ser costalero, está reservado este estandarte, o la vara de presidencia en el paso de Nuestro Señor, o como quiso el pasado año de acólito con las cinco cruces en la dalmática roja, dando el empaque de un sacristán antiguo.

Formación religiosa, vasta cultura y un especial gusto por la literatura que se manifiestan en las charlas con este conversador ameno, agradable. Cofrade colaborador en revistas y circulares de su cofradía; sus artículos despiertan siempre la admiración de los que somos sus hermanos en Cristo; quizá, por eso, desde hace algunos años sus amigos esperábamos que llegara este momento.

Se acerca ya el momento, Javier, y me viene a la memoria la espera en la galería del patio del que fue colegio de los jesuitas.

Nazarenos que recuerdan las palabras de agustino fray Pedro de Valderrama, en su Ejercicio y Plática para las cofradías de Disciplinantes: “las túnicas, unos arneses; los capirotos, unas celadas; los escudos, divisas”

El cubrerrostro enrollado sobre la frente, atentos a la orden del diputado mayor de gobierno para taparnos la cara, entrar de nuevo en la iglesia y así comenzar la estación de penitencia escuchando recogidos la lectura del evangelio de San Juan:

“En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie todavía había sido enterrado.” (Jn. 19,41)

Hoy ya pende de la cruz la imagen de Nuestro Señor en el presbiterio de la Compañía, y mañana tú, Javier, como hicieron los que nos precedieron en la fe, serás uno de los elegidos para descender de la cruz, trasladar y depositar a Cristo en el Sepulcro. Serán momentos íntimos de escalofrío, de reflexión, de arrepentimiento donde aflorarán las noches oscuras, las dudas, hasta los vacíos, en nuestra peregrinación en la fe.

Por eso ahora, como cofrade también de la Merced, bajo la protección del manto de la Virgen que viene del Zumbacón, de la Madre que nos guía en nuestra peregrinación terrenal, anuncia lo que has visto, lo que has sentido, lo que has vivido. Anúncialo tú que confías plenamente en el Señor que es la resurrección y la vida. Ahora, Javier, ante la Santa Cruz, es tuya la voz y la palabra.

"

## **Pregón**

"

A mi hija Marina,  
que me dejó su infancia  
y la fe sencilla que sólo en ella reside

Con la venia de mi señor y rey San Fernando, que devolvió estas tierras a la cristiandad. Debemos muchas cosas a Fernando III, santo rey de Castilla y de Toledo, de León y de Galicia, de Sevilla y de Córdoba, de Murcia y de Jaén, y no es la menor poder ser lo que somos...

Por San Fernando una cruz puede presidir este acto.

Por San Fernando las autoridades eclesiásticas que nos acompañan son autoridades.

Por San Fernando yo puedo pronunciar este pregón y ustedes escucharlo.

Por San Fernando tenemos una Semana Santa que pregonar.

Por San Fernando la señora alcaldesa nos honra con su asistencia y lo hace a cara descubierta.

Por San Fernando esta ciudad tuvo su primer fuero y su primer concejo. Y de aquellos días vienen las collaciones que aún hoy perduran y donde la mayoría de los presentes fueron bautizados.

Por San Fernando, la famosa Mezquita y antigua basílica de San Vicente fue consagrada a Santa María, Madre de Dios, que, como él mismo dijo, era quien realmente ganaba las batallas. Y desde entonces espera paciente a que las cofradías cordobesas, entusiastas y unánimes, decidan hacer estación de penitencia de modo permanente en ella.

Por San Fernando devolvimos sus campanas a Santiago de Compostela y desde allí siguen convocando a los peregrinos de todo el mundo al camino ancho y santo de la espiritualidad cristiana.

Por San Fernando, la entrañable advocación de la Virgen de Linares vino a Córdoba, desde ese noble pueblo del Santo Reino donde yo nací.

Por San Fernando, por tanto, Andalucía puede ser, con propiedad y orgullo, la tierra de María Santísima...

A San Fernando, por ello, le pido la venia para hablarles a ustedes de nuestra Semana Santa, para que me transmita un poco de la extrema humildad y devoción de un hombre que poco antes de morir se postró en la tierra y comulgando, con un crucifijo en las manos, sobre un montón de cenizas, pidió perdón a todos por los agravios que pudiera haberles hecho y mandó que retiraran todas las insignias o adornos que recordaran su calidad de rey, para que nada cubriese su desnuda sencillez ante el seguro juicio de Dios que ya sabía inminente.

A San Fernando, le pido la venia, que, sin duda, fue, como dijo y quería, un perfecto caballero de Cristo, un enamorado siervo de Santa María y un valiente alférez de Santiago... Y no hay mejores títulos que, como cofrade y español, personalmente me gustara tener.

Debemos muchas cosas a San Fernando, fundamentalmente el habernos permitido recuperar esta tierra para un mundo de valores espirituales, éticos y culturales reconocibles hoy, al paso de las generaciones, en lo que denominamos occidente cristiano o mundo occidental, un mundo que ha tenido que superar terribles contradicciones, brutales guerras fratricidas, imperdonables decaimientos morales, pero un mundo también donde aún es posible expresarse en libertad desde las propias creencias, un mundo donde cada ser humano es único e irrepetible, y un mundo, en fin, donde la utopía sigue residiendo en la iniciativa de cada hombre libre que reza, piensa y trabaja; un mundo, sin duda, denostado, desde dentro y desde fuera, en el que curiosamente todos quieren recalar, y un mundo por cuya generosidad, al cabo, todos los demás mundos sobreviven a su propia incompetencia...

Un mundo, nuestro mundo, que aún esta presidido por una afirmación, sin la cual todo estaría perdido:  
¡EN DIOS CONFIAMOS!

\*

Y como todos ustedes saben, el Cristo de la Confianza es, probablemente, el más hermoso de los crucificados debidos a la afortunada gubia de Castillo Lastrucci. Se encuentra en la parroquia de la Inmaculada Concepción, y aún siendo el polo de atracción principal del principal templo de la Ciudad Jardín y de toda la zona de Poniente, no procesiona ni se espera que lo haga algún día.

Desgraciadamente hay personas que no entienden que las imágenes hacen tanto bien fuera de los templos como dentro de ellos, al menos una vez al año. Desgraciadamente no lo entienden o no lo quieren entender, a pesar de la paciente y reiterada explicación que con su ejemplo ofrecen las cofradías. Y es evidente que si no lo entienden o no lo quieren entender es porque hace falta una catequesis interna de la Iglesia que enseñe a ciertos iconoclastas por omisión las excelencias del culto a las imágenes en las estaciones de penitencia que rememoran la Pasión de Ntro. Señor. Por ello, quiero dedicar la oración inaugural de este pregón a ese Cristo que conocí de niño y cuya advocación es tan próxima y tan necesaria en la vida del hombre, porque la Confianza es la Fe de andar por casa, la fe doméstica, la primera fe, la fe en los ejemplos familiares, la fe pequeña en los demás, que no puede abandonarnos nunca en nuestra andadura espiritual si queremos acercarnos algún día a la fe grande de la salvación.

\*

He de reconocer que no soy de fiar,  
Que ningún hombre lo es hasta que muere.  
La vida es el pecado que prefiere  
El hombre que a Dios no se puede entregar.  
Sobrevivir es lo que el hombre quiere,  
Por encima de ser y también de amar.  
Enseñarnos a bien morir, a llegar  
Dulces al mar, es lo que Cristo hiciere,  
Cuando dióse a morir crucificado.  
¿Y qué mérito digno de alabanza,  
Si luego se vería resucitado?  
Pues obligarse a ser, sin esperanza,  
Verdadero hombre solo y abandonado,  
Y aún así, poner en Dios su confianza.

\*

Precisamente, el Papa Juan Pablo II nos recordaba hace ya más de veinte años, concretamente en la Semana Santa de 1988, que “Jesús confía en ese Dios que lo manda morir en la Cruz porque sabe que, más allá de la apariencia, ese mandamiento del Padre es en realidad un plan de amor”. Juan Pablo II nos dice que Cristo ha escuchado al Padre y se ha fiado de Él, al penetrar profundamente en el sentido de su voluntad, a pesar de la terrible prueba que le espera. “Jesús sabía lo que iba a suceder, y su psicología humana—añade Juan Pablo II— obviamente estaba profundamente turbada por ello, si bien en lo íntimo de su corazón aceptaba plenamente, con espíritu de filial obediencia, la voluntad del Padre”. “El Señor Dios me ha abierto el oído y yo no me he rebelado ni me he echado atrás” —anunciaba el profeta Isaías. Y, efectivamente, Jesús no se echó atrás.

Esta debe ser la gran lección de la Semana Santa. Jesús acepta, como hombre, el plan de Dios, que es un

plan de amor, sin duda, un plan de amor propio, me atrevo a acentuar, puesto que es a su Hijo a quien envía y a quien hace hombre. Dios nos elige, probablemente, para tener una perspectiva verosímil de sí mismo.

No olvidemos que ya el Génesis nos advierte de que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza. Dios buscó, pues, en el hombre un espejo o, más precisamente, el espejo del espejo que lo repitiese infinitamente, pues no podía ser de otro modo siendo Dios. Dios crea y se engendra al crear y crece al engendrarse y muere al crecer, a través de su Hijo, hecho hombre, a imagen y semejanza de Dios y del hombre, y poseedor con él de su máspreciado y terrible don: la muerte.

La creación es una pantalla circular en torno a Dios en la que necesariamente el hombre, unido a la muerte y siendo la única criatura consciente de ella, ha de interpretar la eternidad si quiere encontrar el sentido de la vida...

Esta es la razón del Hijo de Dios en la Tierra. Esta es la razón de la Pasión de Cristo. Este es nuestro extraordinario privilegio y la razón de nuestra fe y de nuestra esperanza. Y debe ser también la razón de nuestra caridad. Entreguémonos por los demás y a los demás, “ofrezcamos nuestros sufrimientos, nosotros que sabemos por qué sufrimos, por todos aquellos que no saben por qué sufren, y hagamos –como nos pedía el Papa aquella Semana Santa– lo que esté de nuestra parte por aliviar su sufrimiento y, si es posible, por eliminarlo”. No nos echemos atrás nosotros tampoco, si somos conocedores de nuestro linaje, y formemos, con Cristo, hermandad apasionada en el plan de amor de Dios.

\*

Ilmo. Señor Vicario General de la Diócesis, Excma. Señora Alcaldesa, dignísimas autoridades, Ilmo. Señor Delegado de Hermandades y Cofradías, Presidente y miembros de la Junta de Gobierno de la Agrupación de Hermandades y Cofradías de Córdoba, cofrades y amigos todos.

\*

Hay ciudades llanas cuyo nombre parece un diminutivo, tan cercanas y abiertas, tan fáciles de querer que siempre hemos tenido la tentación de dejarnos adoptar por ellas, y muy especialmente a efectos cofrades. Y hay ciudades esdrújulas, difíciles de escuchar, duras de pronunciar, inaccesibles al pareado y al ripio, señoriales de puro serias, serias de puro estoicas, estoicas de puro antiguas...

Córdoba es una de estas ciudades traspasada por la melancolía de las casas que fueron grandes, donde aún estando parece que las cosas ya no estén, donde todo se va yendo, desvaneciéndose en el atardecer que mira a Sevilla. Los turistas, San Fernando, Juan de Mesa, hasta el río parece que pase de largo por Córdoba...

A veces, parece que sólo San Rafael se mantuviera enhiesto y firme en la ciudad, subido a sus numerosos Triunfos, irrenunciables centinelas de la misma.

Porque los triunfos de San Rafael son los corazones de Córdoba, desde ellos, inasequible al desaliento, bombea continuamente el espíritu urbano a despecho de senequistas y demás malajes de la ciudad.

Los triunfos son pilas recargables del maltrecho pundonor de los cordobeses. Menhires de la fe, antenas de la esperanza, se reparten por Córdoba con estrategia de siglos. Los cordobeses confían en ellos más que en las señales de tráfico porque regulan mejor el flujo vital de sus calles. Es difícil en Córdoba ir a cualquier sitio y no desembocar en un San Rafael. En Córdoba, siempre que se va, se va a San Rafael, y siempre que se viene, se viene de San Rafael. Cordobeses y foráneos circulan por el torrente sanguíneo de la ciudad, inmunizados por sus arcángeles. Los Rafeles son los amigos de la infancia de los cordobeses, con ellos aprendimos a orientarnos, a caminar solos, a pescar, algunos de los nuestros aprendieron incluso medicina, y otros historia, derecho o carpintería. A casi todos nos transmitieron, si no el nombre, si al menos la fe de nuestros padres. Sin Rafeles nos hallaríamos solos y perdidos, como Tobías, y no acertaríamos a encontrar nuestra vocación, ni a ganarnos la vida, ni siquiera a casarnos bien.

San Rafael nos hace mejores, más piadosos, más compasivos, más tolerantes, más amigos de nuestros amigos, más familiares, mejores hijos y mejores padres... San Rafael hace bueno hasta el arroz de los peroles, y quizá no sea este el menor de sus milagros...

Por eso es explicable que la Iglesia concediese a Córdoba el privilegio, junto con la Orden de San Juan de Dios, de mantener en solitario la festividad del Arcángel San Rafael el día 24 de Octubre.

Y también es explicable que los cordobeses sintamos, por esta razón, un legítimo orgullo, pues si bien es cierto que todos tenemos un ángel de la guarda, no lo es menos que los cordobeses tenemos además un arcángel. Y por este motivo, sin duda, nos corresponderá un grado más entre los cristianos de confianza...

\*

San Rafael, sube a tu columna triunfal  
Y pide a los cordobeses su oración.  
Que su fe, su esperanza y su contrición  
Juntas asciendan al cielo por igual.  
Que la lluvia se una a su devoción  
Y la torne medicina espiritual.  
Para así vencer a la peste fatal  
Con tu arcangélica intercesión.  
Que el cuarto jinete pierda el señorío,  
Relinche en la nada su caballo infernal  
Y las sombras huyan del desafío.  
Y que –pez incluido– tu río vertical  
Forme una gran cruz con el otro río,  
Defendiendo a Córdoba de todo mal.

\*

Pero además de Rafeles triunfales, hay también dos Álvares de Córdoba, unidos por el nombre, por la tierra, por la defensa de la auténtica fe y por el amor a Cristo, Dios y hombre verdadero, sin los cuales no podría entenderse nuestra historia espiritual y menos la de nuestras cofradías. Si Álvaro, el mozárabe, simbolizó, junto a San Eulogio, la resistencia de la antigua cristiandad a dejarse arrastrar por la herejía, el colaboracionismo y el abatimiento ante la marea totalitaria de los nuevos conquistadores; el beato Álvaro simboliza el remozamiento de esa cristiandad, hermoheando sus ritos, imaginando nuevos modos de expresión para la fe, acercando la vivencia cristiana hasta la misma Vía Dolorosa y haciéndosela recorrer junto al mismo Cristo, recuperando, pues, el hecho histórico, acaso ya demasiado lejano, acaso ya casi mítico, para la mayor expresividad de la doctrina y ofreciéndoselo a la experiencia directa y cotidiana



del pueblo de Dios.

El beato Álvaro de Córdoba, con su sobresaliente devoción pasional, regala el Vía Crucis al mundo y, no conforme con eso, recoge a un mendigo caído en la calle, lo carga sobre los hombros y, al llegar al convento donde acogerlo, descubre –y nos descubre a todos– que es una imagen de Cristo crucificado...

¿Se puede pedir más? ¿Puede alguien pensar en una representación más exacta del sentido profundo de la Semana Santa y de su trascendencia espiritual y moral?...

Por eso pido, desde aquí, a los dos Álvamos de Córdoba que me iluminen, que no me dejen apartarme de la ortodoxia católica, que no me permitan decir frivolidades en exceso y que, si las digo, puedan ser entendidas más como candideces que como provocaciones; que me otorguen claridad de ideas, que me den, por un rato, el don de la palabra, que me excusen de hablar un mal cordobés y un peor castellano; y, por último, que me concedan la gracia suficiente para que este pregón sea, ya que no memorable, si, al menos, soportable.

Le pido también a los mártires cordobeses que me trasladen su constancia en la fe, ahora y siempre, y a la Virgen de la Fuensanta que me de agua cuando lo necesite...

\*

Hay dos sensaciones en la vida que, incluso en el peor de los momentos, te reconcilian con el hecho terrible de haber nacido: una es el olor a tierra mojada, otra es el olor a pan tierno. Pan, tierra y libertad para olerlos en paz. Poco más puede pedirse a la vida. Por eso, desde la infancia, estamos adscritos a esa forma amable de seguir viviendo que es no perder del todo los olores fiables, del mismo modo que no queremos perder del todo la mano de la madre, o el olor de la madre, que es el aroma precedente e insustituible del hogar, de todo hogar. El pan y la tierra son, como la madre, antecesores necesarios de cuanto somos. Luego vendrá la leña quemada, la alhucema en el brasero, los jazmines para el mosquito y el azahar por la primera primavera. En alguna esquina, un día, nos sorprenderán las rosas en la cara de alguien y oleremos la flor de la canela como si nunca hubiésemos olido nada hasta entonces. Serán los años de la adolescencia, aquellos años azorados en los que poco más somos que la propia urgencia de ser. Pero ser, nacer, crecer, morir, no puede ser otra cosa que dejar de ser. En otra esquina, entre dos calles estrechas, en la reiterada encrucijada de la vida, nos habrá sorprendido también alguna vez el olor del incienso, un olor denso, un olor encarnado, que casi puede untarse sobre el pecho y alimentar el corazón. El incienso es tan antiguo como las religiones, nace al mismo tiempo que la espiritualidad del hombre. Será, pues, el olor de lo sagrado, también de la muerte, que es lo más sagrado. Porque la vida es un funeral permanente de todo cuanto somos, de todo cuanto amamos. Constantemente somos otra cosa distinta de lo que somos. En realidad, no somos, soñamos con ser. En realidad, siempre fuimos...

Es la vida, que nos arrebató el sentido, que nos reconcome el ser; es la vida, que no nos deja ni un minuto de respiro, es la vida, que nos hace desfilar por delante de nosotros mismos, en la misma puerta de nuestra casa, viendo pasar constantemente el cadáver de nuestro enemigo, o sea, nuestro propio cadáver...

Es la vida, pues, la que nos hace penitentes, la que nos viste de blanco, de verde, de azul, de rojo, de morado y de negro. Es la vida, que nos apasiona, que nos hace pasión permanente, torrente de amor, de esperanza,

de dolor y de muerte. Es la vida, que nos resucita cuando damos la mano al hijo que ya empieza también a sentir la pasión de la vida... Es la vida, dura como la tierra, tierna como el pan, única como la madre...

Mi madre fue quien me hizo, naturalmente, cristiano viejo, así como mi padre me hizo hidalgo pobre, las dos estrictas cualidades que ha de tener todo español bien nacido. Ninguno de los dos, sin embargo, me hizo cofrade. Cofrade me hizo la vida, cofrade me hizo Córdoba y cofrade me hicieron los ejemplares cofrades que tuve o tengo la suerte de conocer. Guillermo Giménez de la Linde, que en la paz de Ntro. Señor yacente descansa, esperando la resurrección, que fue mi primer Hermano Mayor y que me hizo cofrade, evitando probablemente que me hiciera un mal político. Antonio Lozano, médico de almas y de cuerpos, que además de su probada amistad, me dio a conocer a los demás. Rafael Cabrera, cruzado y cofrade de cuna, limpio y puro como Parsifal, sin otro señor que su Señor muerto, ya sea en el Sepulcro o en los brazos trémulos de su angustiada Madre. Rafael del Pino, a quien me une la pena de compartir las más profundas penas y también la esperanza de haberlas sufrido sin merma de la fe. Antonio Benítez, otro cofrade de estirpe, el más melancólico de los indianos, pues ese es el estado natural de quien se distancia de una Señora como la de San Pablo. Rafael Zafra, cofrade y taurino, que con valor y temple revolucionó la Semana Santa cordobesa y puso los mimbres para hacer de ella la maravilla que es hoy. Emérito Núñez, el más veterano de mis hermanos, el más fino costalero –él me enseñó la sana empatía con la trabajadora–, el más esforzado peregrino de Santiago y el primer sostenedor de la entrañable peña de la taberna del Gallo, donde compartimos tertulia, vino y cordobesía, a partes iguales, los sábados y fiestas de guardar. Y Francisco José Mellado, mi generoso presentador, a cuya insistencia y confianza debo el verme aquí. El Petronio de la Semana Santa de Córdoba, el árbitro de su elegancia. A él le deben los nazarenos ser más altos, los curas ser más cofrades, la Inmaculada seguir siéndolo en Córdoba y hasta Cristo haber hallado su definitivo sepulcro en el Arca de la Alianza...

No obstante, ni la vida, ni Córdoba, ni estas benéficas amistades han logrado todavía hacer de mí un cofrade de grado. Por tanto, en mi condición de cofrade en ciernes, debo añadir que sigo esperando la Semana Mayor con la misma bisoñez de antaño, con la misma curiosidad y la misma expectación de quien aún no ha visto nada, de quien aún no sabe nada, para sorprenderme de nuevo con los estremecedores pasos de Cristo y reconocer, como aquel otro Petronio, centurión romano que había asistido silencioso al suplicio, que ciertamente ese hombre inicualemente sacrificado era justo... Y aún lo haré, como él, desde ese residual paganismo que también nos afecta hoy, como ayer, y que nos hace seguir dando a los sucedáneos del César y a los mezquinos dioses del materialismo mucho más de lo que damos a Dios. Y lo haré pidiéndole a María Santísima, en cada uno de sus palios, que resguarde en ellos mi fe cofrade y que interceda por ella para que me sea concedida, una vez más, la gracia de ver, en lo más profundo de mí ser, a su Hijo muerto triunfalmente resucitado...

\*

Se acerca ya el momento, se preparan las palmas, se planchan las túnicas que habrán de vestirse el Domingo, donde ya están presentes casi todos los colores de la Semana Santa; se compra la ropa que habrá de estrenarse, al menos una prenda, para que no se nos caigan las manos, para que la devoción no desfallezca, para que el sentido íntimo de la fiesta tenga la exacta dimensión de compromiso renovado, de vida nueva, que ha de transmitir la conmemoración del sacrificio de Ntro. Señor y la celebración de la Pascua de su Resurrección.

Pero antes, el próximo Jueves de Pasión, una cofradía humilde y digna, que aún no se atreve a estar, por sentida modestia, entre sus hermanas mayores, desfilará en solitario, desde su templo de San Pedro de Alcántara, en la Plaza del Cardenal Salazar, frente a la Facultad de Letras, que habrá de inspirarla o, más bien, ser inspirada por ella, y recorrerá las calles de Córdoba con recogimiento franciscano y rigor dominico. La Hermandad del Santo Cristo de la Universidad, Ntra. Señora de la Presentación y Santo Tomás de Aquino, digna heredera de muchas otras que han marcado estilo y dejado huella en nuestros cortejos procesionales, es una cofradía que representa, quizá como ninguna en este momento, el futuro de dignidad religiosa y elegancia cofrade de la Semana Santa cordobesa. Aún la exquisita Virgen de la Presentación, austera e imperial Reina Madre de inspiración tridentina, escoltada por los treinta y tres Doctores de la Iglesia, no puede acompañar como quisiera a su Hijo Universal. Dios quiera que muy pronto la firme y magistral gubia de Juan Manuel Miñarro consiga en la madera los rasgos excepcionales del divino hombre de la Sábana Santa y le de y nos de la esperada imagen del Cristo de la Universidad, para que podamos decirle: ¡Levántate, tú que puedes, Señor de la Síndone, y súbete a tu cruz de Alcántara, verde como la primavera! ¡Enséñanos tu hermosa muerte, aunque estés ya resucitado, y llena de conocimiento, de gracia, de milagro, una vez más, nuestras venas cofrades para que algún día podamos resucitar contigo!

\*

Amanece un radiante domingo de Ramos, llega espléndida la esperada primavera, comienza la entrada triunfal de la Semana Santa... Y Cristo irrumpe con un asno en escena. Muchos dicen que por humildad, otros que por todo lo contrario. Juan supone que por cumplir las palabras de Zacarías. De esto no puede cabernos duda. El Nuevo Testamento sustituye al Antiguo, al tiempo que lo justifica cubriendo simbólicamente todas sus expectativas.

Cristo entra en Jerusalén sobre un asno. (texto suprimido) El asno es un animal fuerte, terco, resistente, simpático, a veces, y con fama de libidinoso, o sea, una perfecta metáfora del hombre. Por eso lo escoge Cristo, porque esta es la gran fiesta de la exaltación del Hijo del Hombre, que viene a reinar sobre los suyos, y lo hace con la resolución, el rigor y la ira que requiere el gobierno de los hombres. Cristo entra en Jerusalén como conquistador. ¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor! –le aclaman los afectos. ¡Reprende sus gritos! –le reclaman los doctores. ¡Si ellos callan, gritarán las piedras!–responde con contundencia el Señor. Cristo –repito– entra en Jerusalén como conquistador. Nada más llegar, se encamina al Templo. Pero no lo hace para orar como en anteriores ocasiones, no lo hace para dar testimonio una vez más de su respeto por la antigua ley. No. Esta vez lo hace para empezar a destruirlo, para empezar a rasgar la cortina del Sancta Sanctorum, para empezar a abrir el Arca y para empezar a partir, una vez más, las Tablas de la Ley a la vista del pueblo olvidadizo y agnóstico. El templo no es ya lo que era: un recinto sagrado para preservar el misterio y conducir la oración. El templo ahora es una gran superficie llena de bazares y oficinas bancarias, una fortaleza del mercadeo, la usura y la avaricia. Cristo ve a los vanos doctores, a los politicastos de cuota, a los mercachifles de todo nivel y condición, y se irrita. Ve que allí nadie cree, que todo es filfa, hipocresía y mercadotecnia, la casa de Dios se ha convertido en la casa de Mammón, así que coge unas cuerdas, las trenza a modo de látigo y comienza a repartir golpes a diestro y siniestro. Y todo salta por los aires, los estantes, las cestas, los artículos, las monedas, sobre todo, las monedas: los dracmas, los siclos y los denarios, la ingeniería financiera toda, que entonces, como ahora, pudre a los hombres y a los pueblos. Cristo inaugura la Pasión con un acto de fuerza y de violencia, muy humano, profundamente humano, purificando el

templo, execrando el pecado y la tolerancia moderna y civilizada por el pecado, reedificando la fe y exigiendo una nueva conducta moral. Cada cierto tiempo, Cristo ha de coger el látigo, entrar en las cuevas de ladrones que los hombres instalan con avidez y restaurar los templos abandonados por los acomodaticios feligreses. Cada cierto tiempo, Cristo ha de llamarnos al orden para evitar que acabemos abandonándonos a nuestra propia fe...

\*

Compartir la comida es compartir la fe. El alimento del cuerpo junto al alimento del alma. Cristo quiso dejarlos unidos para siempre en la Eucaristía, donde los cristianos creemos que verdaderamente el pan y el vino se transforman en el cuerpo y la sangre del Señor. Su sacrificio así, su Pasión, por tanto, no sólo se rememora simbólicamente cada vez que el sacerdote consagra durante la misa, sino que se repite realmente, como conmemoración física en cada ocasión que el rito se realiza. Pero los discípulos no pudieron ser conscientes del alcance del momento. Se sentirían, sin duda, protagonistas de un evento especial, de una ceremonia cuya solemnidad intuían, pero cuyo significado pleno no podrían comprender hasta la llegada del Espíritu, allá por Pentecostés, cuando les sería confirmada, con el conocimiento de la Gracia, la encomienda de Cristo de ser testigos de la buena nueva en el mundo. Como lo son los buenos cofrades que vienen esforzadamente desde Poniente, cada Jueves Santo, a devolvernos ese sol, que aparentemente decae, en forma de renovado alimento de vida.

La Semana Santa es también, en su conjunto, una conmemoración eucarística. Cristo vuelve anualmente, en imagen multiplicada y en devoción colectiva, a repetir su sacrificio, y nosotros lo conmemoramos fuera de los templos, en las calles anegadas de una suerte de síntesis de fervor sencillo y sensibilidad estética. A la intemperie, con la cruz en abrazo y en lo alto las estrellas"